

Boleto de ida

Tras un gran estruendo, proveniente de no muy lejos, su sueño cesó. En ese momento, en el que aún sus ojos no veían con mucha claridad, empezó a asimilar que estaba en un lugar que nunca había visto, el suelo se movía ligeramente, casi de manera imperceptible, y un sonido uniforme y constante inundaba la habitación y sus oídos. No había nadie a su alrededor, únicamente valijas apiladas con muchas etiquetas en las que había nombres y números, que no se les hacían familiares.

Incorporándose sobre sus rodillas y tratando de alcanzar algo similar a una baranda para sostenerse, logró observar, en lo que parecía una pared, una inscripción: “Trenes Argentinos”. Se sintió aliviado de saber donde estaba, pero una mezcla de miedo y confusión lo seguían atormentando. Cinco pasos para alcanzar una puerta, tres para cambiar de vagón y una voz desconocida para saber que no estaba solo. Una señora de aspecto agradable lo miraba con ternura diciendo buenos días, eran menos de las doce. Una sonrisa bastó para que no hablara más. Se sentó en un cómodo butacón junto a una mesa, tratando de parecer seguro y confiado en lo que hacía.-Disculpe señora ¿Sabe usted a dónde va este tren?- Unos ojos desafiantes y confundidos fueron la única respuesta que recibió.

Su situación no mejoraba y aún no lograba entender como había llegado allí. Abandonó su asiento golpeándose la cadera con la punta del mueble, que hubiera caído de no estar sujeto con bisagras y tornillos. Recorrió vagón por vagón hasta toparse con un inspector, que sobre su cabeza tenía la típica gorra de color azul marino con inscripciones que no llegó a leer. Se presentaron mutuamente y para introducir la conversación dieron algunos comentarios sobre el tiempo que se percibía a través de las ventanillas- Señor, ¿sabe usted a dónde vamos?- esos ojos que había visto antes, volvieron.

-Dígame usted, yo solo me encargo de cuidar las salidas-. Una leve ventisca, desde una ventana, lo hizo estornudar.

-Es su deber saberlo-. Recordó a la señora del penúltimo vagón, y concluyó que era en vano seguir preguntando.- Al menos dígame cuándo llegaremos.

Una sonrisa cómica se dibujó en su rostro, mostrando unos dientes amarillentos pero no de suciedad sino de haber tomado mucho mate.-Cuándo, en qué momento, a qué hora-. El tono parecía de queja y continuaba con esa sonrisa irónica.-El tiempo es relativo, cálmese y busque formas de que pase rápido.

Supo al instante que estaba hundido en la incógnita, en su incógnita. A nadie parecía importarle que no haya destino o un horario de llegada. Tal vez lo habían secuestrado, pero no había razón alguna para hacerlo, alguien que pasó desapercibido casi toda su vida no le serviría a nadie.

Regresó sobre sus pasos poniendo atención a cada detalle que se le presentaba; un niño que correteaba y saltaba de asiento en asiento, dos viejos jugando a las cartas silenciosamente, un joven leyendo un libro gordo y viejo. Le sorprendió que cada pasajero que veía era muy distinto al anterior. Soltó una leve carcajada y por un momento sus preocupaciones desaparecieron. Llegó al vagón de la extraña señora y una vez más, se sentó a pensar.

Tantas cosas para pensar y su mente estaba en blanco. Se centró en los detalles de la mesa. Madera de cedro, barnizada y con unos cuantos años, en la esquina, junto la ventana, un mazo de cartas. Intentó recordar aquellos juegos de la infancia que su abuelo le había enseñado y sin ningún contrincante empezó a repartir, siete cartas al frente, siete para él y el mazo en medio junto una carta boca arriba. El rey de basto parecía mirarle fijamente.

-Su atención, pasajeros del viaje N°019-. Un impulso le hizo tirar las cartas al escuchar la voz proveniente de un parlante en el techo.- Nuestro viaje se ha retrasado por algunos imprevistos, muchas gracias por elegirnos-. Su cuerpo empezó a temblar, no sabía si era miedo, furia o la sensación de no entender nada, que se había incrementado una vez más.

Las siguientes horas se las pasó pensando alguna manera de descubrir lo que pasaba. Miraba cada carta del mazo y formulaba hipótesis, hasta que llegó a la carta del príncipe de espada. En esa versión de cartas españolas era un chico albino de pelo largo hasta la cintura, sin armadura y sosteniendo la hoja afilada que lo representaba. Solo pensó una cosa al verlo: acción.

Se levantó precipitadamente de su asiento, dejando atrás el diez de espada y con un solo objetivo en su cabeza. Cruzó cada puerta de cada vagón y en uno de ellos agarró y se llevó consigo un paraguas abandonado. Sus pasos se transformaron en corridas hasta llegar a la locomotora, esa bestia metálica capaz de arrastrar tanta incertidumbre, donde estaba la cabina del conductor. Su furia lo empezó a dominar y golpeó cada botón del tablero intentando parar el tren. Expulsó al chofer de bigote poblado dejándolo fuera del lugar y cerrando la puerta usando el paraguas como traba. Intentó deducir qué tenía que hacer para frenar, pero la misteriosa aparición del inspector a su lado, no lo dejó.

-¡Detente! Nadie quiere hacerte daño-. El inspector trató de separarlo de los comandos, abrazándolo con fuerza e inmovilizando sus brazos.- Vuelva su lugar, todo se explicará a su debido tiempo.

- ¡Suéltense! ¡Quiero salir y saber qué está pasando!

-Todo a su debido tiempo, todo a su debido tiempo-. Su voz resonó en su cabeza una y otra vez. Los gritos de las personas, las preguntas y el ruido rodante del tren avanzando sobre el carril se habían extinguido, dejando únicamente la voz del inspector, que lo arrastraba hacia otros vagones.

La gran mayoría de los pasajeros estaban allí, apretados, mostrando caras de asombro y empatía. Todo lo que pasaba lo confundía aún más, esperaba la explicación que le había prometido el inspector. Capaz se había vuelto loco o había tenido un episodio de amnesia al subir el tren, la verdad no estaba seguro, solo necesitaba certezas sobre el gran manto de confusiones que lo envolvía.

-Estarás aquí por un tiempo, que ni nosotros ni nadie sabe cuándo acabará-. Era el inspector, acalorado y nervioso.

-Todos te ayudaremos a sobrellevarlo y vos a nosotros también-. La voz se le hizo familiar y no se equivocaba, era la primera persona con la que se había cruzado, la extraña señora.

-Lo que te está pasando es normal y sería peor si estuvieras solo-. Un señor de avanzada edad que había visto anteriormente le pasaba un mate amargo mientras decía estas palabras.-Cada uno de nosotros solo, no vale nada-. Entendía a qué se refería.

Por un largo rato intercambiaron diálogos para tranquilizarse mutuamente, llegando al acuerdo de convivir compartiendo lo que sabían y lo que podían hacer hasta que el viaje termine. Había algo que él ahora vislumbraba ante sus ojos, todos estaban conectados por algo, todos entendían que estaban en un mar de diversidad y que eso no era un problema sino más bien un tesoro, una forma de estar en el viaje.